

Al echar una ojeada a los listados de quienes ingresaron cada año en el Colegio, he recordado a un par de ellos que hicieron sus pinitos como cantantes acompañados de una guitarra. Del setenta y ocho era Ignacio Torrecillas, al que apodaron el Sargento por su servicio militar ya cumplido. Tendría tres o cuatro años más que el resto de neófitos. Un mundo a esa edad. Recuerdo haberlo visto actuar en el Pub Oliver, quizás en la plaza de San Nicolás, amenizando a los clientes sentado en el clásico taburete. Interpretaba canciones que nunca pasan de moda, muy oídas entonces, como Alfonsina y el Mar o Mediterráneo. Mercedes Sosa y Serrat. Música suave que por aquellos tiempos se estilaba en elegantes bares de copas, con actuaciones que le daban un toque de sentimiento a la noche, además del que ponía el whisky y, a veces -pocas- las palabras. De aquellos sitios con música en directo, me viene a la memoria Los Guanches, al comienzo de la Avenida del Aeropuerto, cerca del antiguo Meliá entre Vallellano y La Victoria. Su decoración nos transportaba al trópico, con plantas exuberantes, objetos de allende los mares y un pequeño escenario donde cantaban unos músicos -con bombachos y botas altas- tonadas canarias y suramericanas. Cosas así como el Adiós a la Llanera de Los Sabanderos o el Sapo Cancionero de Cafrune. Tal vez Tati Cruz recuerde aquel sitio. La noche de Córdoba ofrecía entonces esos lujos para los amantes de cierto folklore. Y donde un estudiante de veinte años se podía tomar una copa sin la destrucción del peculio mensual. La botellona y el descampado aún estaban lejos.

Del año antes, el setenta y siete, era Eduardo Rodríguez Juan, un tipo con aspecto de cantautor a lo Aute y voz melodiosa. Como tantos otros, dos años más tarde su residencia ya no era el Névalo sino un piso cerca de La Corredera. La salida del Colegio tenía eso, que uno dejaba el confort de sus instalaciones y ambiente universitario por las aguas agitadas pero abiertas de la vida en un piso. De aquel barrio a la estatua ecuestre del Gran Capitán no mediaba más que una calle, pero eran planetas distintos. La Córdoba de finales de los setenta aún reflejaba el contraste de unas Tendillas con, por ejemplo, una magnífica cafetería -Siena- con aires de establecimiento capitalino, y que a la vez contemplaba los domingos el paseo provinciano de las jóvenes de las barriadas. Las muchachas en flor -que diría Marsé- de Cañero, de la Fuensanta, del

Campo de la Verdad. Que venían allí con sus trajes endomingados como buscando una pátina de cosmopolitismo en la Córdoba neurálgica. Un punto de novedad en sus pupilas aún ingenuas. O no tanto.

La Plaza de la Corredera es lugar antiguo de la ciudad cervantina. No es equivocado aventurar que Don Miguel, en su infancia cordobesa por aquella collación, viera correr -de ahí su nombre- toros en alguna fiesta de balconillos engalanados. A la Corredera y a las calles que se abren pasando el Arco Bajo le compuso Eduardo una canción - letra y música suya- que llegó a sonar bastante en la radio local, tal vez FM Radio Córdoba: " Véngase conmigo Corredera abajo, con olor a churros y a madera vieja ... asómense despacio, el día va a empezar ..." A lo mejor, algunos de los que lean estas líneas, la recordarán. Recreaba la atmósfera del barrio antiguo y popular que discurría entre pequeños comercios tradicionales y alguna tasca detenida en el tiempo. Mostrador de madera y foto en sepia de un Manolete de ojos tristes como un día de difuntos. Anís Machaquito en el anaquel. Aroma de vino de Montilla en garrafa. Calle Juan de Mesa. Bullicio. En la Corredera en mitad de la plaza, los puestos del mercado con sus toldillos de lona descolorida. Manojos de zanahorias atados con un cordel. Frutas. Una librería de viejo - además de libros curiosos, revistas eróticas- junto a la fonda La Andaluza. La otra era La Paloma. Nombres como salidos de la pluma de Cervantes. También una tienda de muebles baratos y artesanos que tanto juego dieron en los pisos de estudiantes de la cercanía. La espartería de la esquina. Elena, la dueña de La Andaluza, servía comidas económicas -un guiso siempre y de segundo una ración de pollo con patatas- en una mesa muy larga a la que se iba sentando el personal según llegaba a mediodía: Universitarios - nosotros- con el saldo justo, obreros de la construcción con restos de yeso en las manos, soldados de paseo, inmigrantes chilenos en precario y hasta algún mendigo del barrio que Elena atendía. Este ambiente menestral, campechano, que olía a serrín de las carpinterías que jalonaban la calle y olla de cocido es el que Eduardo recogía en su canción. Sonaba bien. Tenían estos tipos de cantautor aficionado la cualidad de levantar unas pasiones como melancólicas entre el elenco femenino que los rodeaba. Se les acercaban como moscas a la miel. Eran ellas los marineros sin rumbo atraídos por una sirena sin cola de pescado. Gustaba entonces -y mucho-

esta clase de personaje con algo de melena, cierta dejadez en la vestimenta -pañuelo al cuello-, un grano de arte en su garganta y un saber desenvolverse en los ambientes bohemios de entonces. Que a tantos deslumbraban.

Eduardo, luego, errante como tantos otros por la ancha Córdoba, vino a parar el ochenta y uno a un chalet en la Avenida de Calasancio, cerca del Brillante. Número ocho. Isabel y María era su nombre. Un chalet en El Brillante era como la consecución del ideal del Flower Power que muchos -ya como una simple reminiscencia de un tiempo fenecido- aún llevaban en la cabeza. Habitaciones grandes, techos altos, terrazas. Tomar el sol en primavera acompañados de un perro. Saraos a cualquier hora sin miedo a ser interrumpidos por el vecindario. Alguna alberca de aguas verdosas para refrescar las primeras calores. Quizás algo lejos, pero -en principio- un paraíso pese al frío de diciembre y al anticuado equipamiento de esas casas. Como en las ordenanzas militares, suplían con celo la falta de armamento. Los sueños en forma de casa de verano de los cordobeses ricos de años atrás los disfrutaban ahora estudiantes llegados de otras geografías. Los fregaderos eran antiguos y los cuartos de baño incómodos, pero el sol se filtraba entre los setos y los pañuelos, alfombras y fotos hacían acogedor el salón como una chimenea encendida un día de invierno. En aquel chalet vivieron gente de aquellos años -hermanos marchosos les llamaba Nacho Dogan, el de Aplauso- como el Holandés, el Gordo, el Bable o el Calvo. Y había un aparato de música y discos. Compró Eduardo un Long Play titulado Un Amante de Cartón, de un cantautor argentino en el que, quizás, él se veía -de alguna forma- reflejado: Roque Narvaja. La canción principal, Menta y Limón, se oyó mucho y dejaba un buen sabor de oído. La letra hablaba de cosas de pareja y cualquiera se podía sentir concernido. Salvando las distancias. Los argentinos, ya se sabe, tienen un habla como embaucadora. Gustaba oír la aguja empezando a girar en el vinilo mientras esperábamos la voz de Roque Narvaja bajo aquellos techos que a tantos acogieron. Buenos ratos aquel ochenta y uno. Generosos los anfitriones. Pero a casi todos, en aquel tiempo, nos hubiera sido muy útil y ventajoso conocer la frase sabia que Cervantes pone en la palabra de D. Quijote: "Y como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla que aquel que tiene

de su parte el deseo de la dama". Pero, claro, no teníamos tiempo para leer, siempre estudiando. Otros, sin embargo, eran partidarios de Woody Allen y su consejo: "El sexo sin amor es una experiencia vacía, pero como experiencia vacía es una de las mejores". En fin, volviendo a la canción: que no suele oírse ya en la radio. Tampoco nosotros somos ya los mismos. O tal vez sí, pues dicen que de la memoria es del único territorio del que no podrán expulsarnos nunca. Aunque, a veces, más valdría que nos hubiésemos expulsado nosotros solitos, sin la ayuda del árbitro. Cuestión de gustos.

El Fiscal Internacional de Santa Mónica.

ignaciobenju@gmail.com